

RESEÑA

Atienza y Bermejo, Ángel Cayo, *Urabá de los Katíos (Relatos Misioneros de la selva colombiana / por Fray Pablo del Santísimo Sacramento)*, ed. I.D. Arellano-Torres, Nueva York, Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA), 2017, 254 páginas.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5565/rev/nueind.45>

ROSA BONO VELILLA
(Universidad Autónoma de Barcelona)

La publicación de este libro pone el sello al dilatado e intermitente proceso de edición de las obras de Ángel Cayo Atienza, misionero carmelita en las selvas colombianas de Urabá, cronista y narrador de los azares de un proyecto que trasciende con mucho el cometido religioso que lo inspira. Esta recopilación de relatos misioneros da a luz veinticinco textos inéditos y otros tantos publicados anteriormente en la novela *Al amor de los karibes* y en la revista misional donostiarra *La Obra Máxima*. Su editor, Ignacio D. Arellano-Torres, asume con esta edición el cuidado de una herencia personal, histórica, cultural y literaria que tanto puede servir para la documentación más rigurosa como para la lectura más amena.

Urabá. Vista y vivida por Fr. Pablo del Santísimo Sacramento, C.D. Misionero Apostólico. 1932-1937. Libro Apóstol, reza el título del mecanoscrito que describe Arellano-Torres. En él encuentra tres claves de lectura de los relatos que lo componen: *Urabá*, su complejo ecosistema, sus habitantes y su folclore; *vista y vivida*, es decir, observada e imaginada al mismo tiempo; *misionero apostólico*, el carácter de su autor y personaje protagonista, las contingencias de su viaje. Conforme a estas tres claves el editor articula un prólogo que nos previene oportunamente respecto a esta especie desusada de escritura, que es a la vez recreación y testimo-

nio: «historia, biografía, ficción» si hubiéramos de reunir materias en una ficha bibliográfica. Los núcleos temáticos –culturales, políticos, biográficos– están bien ordenados, secuenciados claramente en una exposición proporcionada de lo que ha de esperar el lector: a una breve semblanza del autor-protagonista con interesantes observaciones ideológicas siguen algunos apuntes sobre aspectos varios de la vida y el entorno autóctonos: flora, fauna, muerte, religión, arquitectura y urbanismo, economía y sociedad. Las notas sobre cuestiones narrativas o estilísticas, en cambio, quedan diseminadas a lo largo del prólogo porque sirven para entender y matizar cuando conviene la configuración de los elementos anteriores según el doble cariz de la prosa del autor. El discurso híbrido sostiene desde la descripción veraz de una geografía que al lector europeo se le antoja siempre fantástica hasta la efectividad y consistencia del proyecto misional, con recursos que un estilo «de plena pulcritud evangélica» (p. 24) que pretendiera ser puramente objetivo no podría respaldar. Es la manera más eficaz de transmitir las peripecias físicas y espirituales que asaltan diariamente al predicador forastero y al nativo catequizado, en tanto que nos da la posibilidad de presenciar ambas experiencias, pero también de relativizarlas. Los relatos de fray Pablo nos hacen testigos de la intrahistoria, nos permiten entender *from below* la vastísima empresa en que queda subsumida y a menudo trivializada. La escritura ha de ser «el medio que concilia ambos mundos» (p. 13) y acerca la historia a un lector muchas veces receloso que se enfrenta a unos textos que son simultáneamente «ensoñaciones románticas» (p. 13), «reflejo en vida del espíritu de sacrificio» (p. 21) y «archivo etnográfico» de su entorno (p. 31). Se trata de una consideración indispensable para leer adecuadamente la producción del misionero, porque de este aspecto dependen y en él se validan las diversas perspectivas desde las que abordar sus obras. También porque, erradamente, la complejidad de este discurso no se ha tenido en cuenta de forma sistemática al examinar los escritos de fray Pablo, en los que se ha visto simplemente «un relato tremadamente cautivador, tanto que al lector poco avisado podría olvidársele que se trata de un testimonio de la vida real y que los peligros vividos por el protagonista no son ficción sino realidad». Si bien es cierto que los textos aspiran a la autenticidad («preguntádselo a los siete testigos, cuyos nombres...», p. 212; «quien no

se lo crea, que lo vaya a ver», p. 254), el propio autor anota en algunos «lo que me vino al magín para pergeñar este relato» (p. 103), y advierte: «Pío lector: perdona de antemano si en este articulillo miento los pies con alguna frecuencia» (p. 220). Sin tener presentes las funciones de esta duplicidad, el lector se arriesga a no apreciar la historia ni la literatura de fray Pablo como merecen.

No falta en el prólogo la advertencia acerca de lo espinoso de un planteamiento que, a pesar de ser bien reciente, no deja de heredar las dinámicas del antiguo discurso colonial. Quizá por esta prevención, quizá por lo extremo de la susceptibilidad moderna, los relatos de *Urabá* se nos hacen de una sensibilidad sorprendente, tan estimable como su calidad literaria o su rigor documental. La apertura de miras que a veces transmiten la mentalidad del misionero y la narración (que en relatos como «Rerum fluxarum» o «El Cristo perdido» se nos antoja vanguardista) permite que las angosturas de la selva sean, sin reservas, el primer resorte –incluso antes que la religión– tanto de la devoción cristiana y de la fraternidad con el otro cuanto del pragmatismo difusor del proyecto carmelita. El misticismo que emanan algunos textos como «Divagaciones» y «Un muerto salva a dos vivos» se deriva directamente de la música de los katíos que acompañan a fray Pablo en sus labores misionales: la interacción con lo autóctono abarca desde el desconcierto distanciador («El bohío trágico») hasta la total armonía con el entorno y sus habitantes. La transculturación es, hasta cierto punto, bidireccional; así lo prueban también el interés del autor por la cultura de sus pueblos y su dedicación abnegada al aprendizaje de la lengua indígena, cuyo estudio sistemático recoge en la *Gramática katía* (un ejemplo precioso de este entusiasmo es el relato treinta y cuatro, «Yo no he comido. (Mu nekosi ea)»).

El esfuerzo de fray Pablo por comprender y proyectar en sus textos la cultura de los pueblos urabeños resulta en un examen exhaustivo de la idiosincrasia de estos, lo que le permite trazar un cuadro de sus costumbres y de los elementos del ecosistema selvático enmarcado por el suceso que los ilustra en cada caso. El exotismo que envuelve los relatos de *Urabá* impone una riqueza léxica que puede volverse abrumadora para el lector no colombiano y que el editor hace accesible en notas concisas que agilizan considerablemente la lectura. Según el predominio de

una u otra dimensión, la anécdota o el inventario, los relatos podrían dividirse en narrativos y descriptivos. Predominan los primeros, y entre los descriptivos tendrían que contarse «Entierro», «Geografía», «Un vistazo a Urabá», «El plátano en Urabá», «Paludismo» y «Un dato desconocido». Si bien los relatos que abren la colección son introductorios del carácter del misionero («Sin barbas») y la selva («Fiebre a caballo», «Divagaciones»), el resto no sigue un orden concreto, aunque el asombro por lo exótico parezca mitigarse de forma progresiva en favor de la anécdota, lo que por otro lado bien puede deberse al hábito que casi sin notarlo vamos adquiriendo conforme avanza la lectura. Cabe observar, además, que los relatos «reciclados» de las publicaciones mencionadas se acumulan en algunos puntos de la colección.

Los escritos de *Urabá* se refieren al primer viaje de fray Pablo a Colombia, de 1932 a 1937, aunque, como apunta Arellano, es probable que algunos fuesen redactados con posterioridad (entre los que escribió en España se encuentran seguramente «El plátano», «Paludismo» y «“Cuando nació María...”»). Para componer la colección, el autor escribió veinticinco relatos y seleccionó un total de veintiún *articulillos* publicados en *La Obra Máxima* entre 1932 y 1940, más doce extractos de varios capítulos de *Al amor de los karibes*. De estos últimos, ocho habían sido editados en ambas publicaciones. Esto implica, como bien advierte Arellano, un proceso de revisión y modificación de los relatos que dió lugar a variantes textuales respecto a las versiones anteriores. Sería interesante disponer de un aparato crítico con los cambios que el autor introdujo en el proceso, pues en casos las variaciones se deben a cuestiones estilísticas poco relevantes que quizás solo convengan a lecturas más exhaustivas o especializadas, pero en otros introducen modificaciones fundamentales a la hora de caracterizar la escritura de fray Pablo e incluso para lograr un efecto u otro en el lector:

Me inclino a pensar que las enmiendas no se hacen pensando en un hipotético lector colombiano, a quien estas variaciones le acercarían al texto, sino que se tratan *[sic]* de correcciones para crear ... un sentido de lejanía y curiosidad, ... un esquema mental en el que encuadrar el elemento exótico dentro de un sistema análogo a la propia existencia cotidiana.

Es una observación seguramente muy acertada que podría dar más de sí en alguna reedición de la obra; o en una que reuniese *Al amor de los karibes* y *Urabá de los katíos*, textos estrechamente vinculados también por retratar las culturas con las que fray Pablo convivió durante sus años colombianos, para acabar de profundizar en un proceso de escritura complejo, al parecer significativo, y coronar una labor que ya nos pone en contacto con la realidad más inmediata de lo que fueron las últimas consecuencias del fenómeno colonial en tierras americanas.